



Asturias

Contemporánea

Revista Regional.

LETRAS.—CIENCIAS.—ARTES.—INDUSTRIA.
COMERCIO.

TOMO I. NÚM. 1

15 Septiembre 1897

SUMARIO.

A guisa de saludo.—Cultura europea. (Las vacaciones de los niños en Dinamarca), por *Angele Duc-Quercy*; versión castellana de *J. Patac*.—El Bebé, por *Javier Aguirre*.—Un viejo cuento español. (La Mentira y la Verdad,) por *Ed. Laboulaye*.

GIJÓN

IMPRENTA DE LA INDUSTRIA

CALLE DE LA LIBERTAD NÚM. 32

1897

BENIGNO PIQUERO

Bazar de Novedades

←—————→
Cuatro Cantones

— GIJÓN —

¿Quién no conoce á **Benigno Piquero**? ¿Y quién ignora que él es el único que pica más alto en lo que se refiere á novedades de todo género? En objetos de **bisutería** tiene cosas preciosas. En **perfumería**, no hay que hablar, porque el surtido no puede ser más completo ni más fino.

Su bazar es un mundo, pero un mundo ideal, nó como el nuestro que está lleno de cosas malas y feas. Ha llegado un gran surtido de **impermeables** magníficos para la próxima temporada de las lluvias. En **paraguas** hay para todos los gustos y para todos los gastos, como suele decirse.

¿Y què me dicen ustedes del *SALÓN EXPOSICIÓN* de Piquero? ¡Ese sí que pica alto! Más que salón, parece una exposición universal. Las personas de vista débil que deséen visitarle, deben adquirir antes unos lentes con cristales verdes, pues de lo contrario, se exponen á perder la vista por completo.

BENIGNO PIQUERO

CUATRO CANTONES

GIJÓN



A guisa de saludo.

ENTRE el libro, labor récia, pensada, hecha con calma en la soledad del gabinete, sin que ninguna causa exterior interrumpa la solemne evolución del pensamiento, y el periódico, labor casi febril de un día, hecha mitad en la calle, mitad en la mesa de una redacción bulliciosa, papel impreso que pasa rápidamente de la atención más viva al más grande olvido, heraldo vocinglero que desparrama por el mundo culto, á manera de chaparrón de noticias, los sucesos todos, menudos é importantes en que abunda la vida, está la revista, discreta pregonera de la cultura universal y que viene á ser algo así como un límite superior é inferior (en el orden de la enunciación de ideas) del periódico y del libro, respectivamente.

En España apenas se presta atención al libro, al buen libro, es claro.

Nuestra juventud delira por las obras de viajes, episódicas, sensacionales, llenas de inauditas, maravillosas aventuras como si corriera aún por nuestras venas la

sangre ardiente del famoso é inmortal hidalgo «de los de lanza en astillero.»

Roídas por dientes ratoniles y cubiertas de espesas capas de polvo, yacen olvidadas mil producciones de admirables ingenios, en los estantes de las Bibliotecas públicas y en los de las librerías, sin que mirada humana alguna les haga objeto de sus suaves caricias.

El periódico es más feliz: vése arrebatado por todo el mundo: discútese ágríamente, á veces, su posesión, y en todos los casos él es siempre el preferido, el esperado, con impaciencia por lo general, con agrado, siempre. Vuela por las plazas inmensas de las capitales populosas, por sus anchos y larguísimos *boulevards*, llenos de miles de personas, por sus callejuelas más humildes, por las carreteras, por los caminos de hierro, por los mares, por las veredas de los pueblecillos campestres, por donde quiera que haya un alma viviente que sepa leer. El periódico es como la golondrina de rápido vuelo que pasa aleteando afanosamente al ras de la tierra y va á descansar á su nido, que es nuestro corazón.

Pretender que el público español se aficione de pronto cualquier día, á la lectura seria, detenida y verdaderamente amena del libro, dicho se está que es una infundada y cándida pretensión. Para llegar definitivamente al libro, necesita pasar por la revista, descansillo intermedio en la escala redentora del arte.

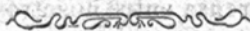
Bueno es el periódico si está escrito con juicio y se limita á informar exacta y discretamente al público de cuanto ocurre en la vida prosáica de los pueblos. Bueno es como *ilustración menor*, como ilustración de perro chico, pero recuérdese lo que ha escrito Pérez Galdós, uno de los más insignes literatos de la Europa contemporánea, acerca del periódico.

«A pesar de sus evidentes progresos en el arte de escribir y en la amenidad de sus escritos—dice D. Benito en el notable prólogo de su obra dramática *Los condenados*—no ha llegado aún la prensa entre nosotros á ser maestra de la opinión ni á llevársela de calle en todos los asuntos. Hoy

se lee más que antes, pero se cree menos en las aseveraciones de nuestros buenos *chicos de la prensa*, entre los cuales hay muchos de brillante y agudísimo ingenio. Y se cree menos en ellos porque, desde que los periódicos se transformaron, trocando la sequedad sectaria del instrumento de partido por la ligereza anedóctica del órgano de información, si se lograron algunas ventajas, perdiéronse cualidades morales y literarias, que convendría restablecer para que la prensa cumpliera totalmente su misión.

La fiebre informativa ha llegado á ser tan intensa, que ella consume toda la savia intelectual del periodismo, destinada á emplearse en objetos diferentes. Algunos de estos objetos son tratados con excesiva amplitud; otros, como las letras y cuanto á la vida intelectual se refiere, con desdenosa restricción. En remotos tiempos, que ahora motejamos de atrasados, y cuando los periódicos eran pobres, y casi de milagro vivían, no había ninguno que dejase de tener en su redacción una pluma perita que trataba desahogadamente, con libre criterio, los asuntos literarios. Hoy, la prensa rica, potente y bien administrada, no les presta la atención debida. La crítica de teatros no es más que una mal razonada noticia del éxito ó el fracaso, y como para esto no se necesita calzar muchos puntos en materia estética, comúnmente vemos que periódicos poderosos mandan al estreno de una producción literaria al revistero de toros, sujeto muy apreciable sin duda, pero que no puede, con la mejor voluntad del mundo, desempeñar su cometido. A los pelotaris, á los ciclistas y á los lidiadores de reses bravas, consagra nuestra prensa mayor espacio y atención más cariñosa que á todas las artes liberales».

ASTURIAS CONTEMPORÁNEA nada promete, porque sabe de sobra el descrédito que pesa sobre toda suerte de programas, y en este su primer número limitase á saludar cariñosamente al pueblo asturiano, así como á sus colegas, tanto regionales como del resto de España.





CULTURA EUROPEA

Las vacaciones de los niños en Dinamarca (1)

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR I. PATAÇ)

SEMEJANTES á rubios racimos, asómanse á las portezuelas de los coches las lindas y gozosas cabecitas, haciendo picarescas muecas y animadas las fisonomías por ojos de claro azul en los que el cielo escandinavo ha puesto sus reflejos.

Después, el simpático murmullo que forman los gritos, las risas, las llamadas: la viva alegría de la piadora ó informal bandada de gorriones en libertad.

Con tan singular aparato cruza, la loca garulla, en los

(1) Este trabajo ha sido publicado en lengua francesa con el título "Les enfants-vacances en Danemark," en el número correspondiente á la primera quincena de Junio último, de la notable revista parisiense *Revue des Revues*.

Gustosamente lo traducimos, en gracia tanto á su mérito como por corresponder al deseo que nos anima de poner en conocimiento de nuestros lectores los adelantos de Europa y de América.

meses de julio á Septiembre las líneas férreas de la Jutlandia (1) de Seeland (2) y de la Fionia (3).

Son los niños de las escuelas comunales que los trenes de vacaciones desparraman por todo el reino. Los de Copenhague van á respirar el aire sano y puro de los campos y á recrearse en su libertad amplia y tranquila. Los del campo se trasladan impetuosamente á la capital á saborear sus delicias.

Llénanse de gente los muelles de las estaciones; todos desean festejar á los revoltosos viajeros, los cuales son objeto de cariñoso y tierno recibimiento.

Auméntanse los transportes de alegría y de cariño cuando el tren anuncia de nuevo su marcha por medio de un silbido estridente:

—¡Buenos días, caballeros!... ¡Hasta la vista, señoras!... Cien voces argentinas alborotan el aire.

Por las ventanillas abiertas asoman innumerables manecitas agitando febrilmente los minúsculos banderines daneses, el Dannebrog, con cruz blanca, sobre fondo encarnado, la «bandera caída del cielo,» según la frase de la tradición.

No he visto en ninguna parte del mundo una manifestación más hermosa de la felicidad infantil.

Dicho se está que los viajes escolares no constituyen una novedad, pero los de aquí no tienen parecido alguno con los de otras naciones.

Desde luego, salvo la participación que toma el Estado en estos viajes, diré cómo los poderes constituidos casi nunca intervienen en aquellos para nada. Por otra parte, (y este es el punto esencial de la cuestión,) gracias á la iniciativa individual y al espíritu organizador de que se hallan poseidos en este país de gran cultura, con la ayuda de medios tan valiosos verificanse estos viajes de los niños

(1) Península Dinamarquesa de 846.000 habitantes.

(2) Isla del archipiélago danés en el Báltico, entre el Sund y el Gran Belt.

(3) Isla del mismo archipiélago con 126.700 habitantes. Fionia, en lengua danesa significa: *bello país*.

sin que les cueste un céntimo á las familias ni á las municipalidades.

Existe allí una creación admirable (la cual no es por cierto la única) que este esforzado y poco extenso pueblo puede presentar como espejo de cultura á las grandes naciones continentales.

Pocos ignoran la configuración geográfica de Dinamarca: islas con caprichosos dentellones: la garra de la Jutlandia situada entre el Báltico y el mar del Norte, de tal suerte, que para ir á ella, viniendo de Copenhague, la alegre ciudad recostada en la orilla del Sund, hácia la parte Este de la casi cilíndrica isla, es necesario sustituir, una vez al menos, el camino de hierro por la lancha, ó dicho más propiamente, «montar en la lancha con su camino de hierro.» Porque la travesía de la garganta de agua efectúase por medio de barcas de vapor sobre las que coloca la locomotora sus wagones los cuales son transportados de una á otra orilla por la embarcación sin que los viajeros tengan que sufrir la molestia de descender de sus departamentos.

Tanto las líneas férreas como las barcas de vapor son de la propiedad del Estado, quien una vez llegadas las vacaciones, proporciona los billetes necesarios para los viajes de los niños. A eso se limita toda su intervención: lo demás,—hospedaje y manutención de los escolares,—corre de cuenta de los ciudadanos.

El sistema adoptado entre la capital y las provincias consiste sencillamente en el cambio de los rapaces.

—Mándennos ustedes sus niños—escriben los campesinos.

Los ciudadanos contestan:

—Envíennos ustedes los suyos.

Los intermediarios obligados en estos *préstamos*, son naturalmente los directores y directoras de las escuelas.

En Copenhague hay un comité central á donde se dirige toda la correspondencia relacionada con este asun-

to. Allí acuden á inscribirse las personas que desean proporcionar albergue á los muchachos lugareños, durante el período de las vacaciones. Para eso, se indica el nombre y el sexo del niño. Generalmente son preferidas las niñas por su carácter dulce y sosegado.

Los campesinos, por su parte, escriben directamente á las escuelas comunales: este tomará un niño: aquel, dos: otro querrá tres y así todos, segun la posición de cada cual.

No es preciso añadir, al menos por lo que se refiere á la ciudad, que cuantos formulan peticiones pertenecen exclusivamente á las familias de obreros.

* * *

Apenas cerradas las puertas de las escuelas, empiezan las partidas. Verifican estas por sucesivos turnos, reservando para ello cierto número de trenes especiales la administración de los caminos de hierro. Durante una semana véanse por las calles de Copenhague innumerables cuadrillas infantiles correteando hácia la estación, bajo la custodia de sus vigilantes.

Divídeseles en colonias, por orden de estatura, confundidos los muchachos con las niñas. Van todos alegres, como pajaritos y sumamente aseados.

Por encima de sus cabezas destácase la flama encarnada y blanca del *Dannebrog*; todos tienen la suya; han llevado á efecto un verdadero saqueo en los bazares de la ciudad. Delante de los niños va una bandera de grandes dimensiones, orgullosamente enarbolada y que sirve de guía á la cuadrilla.

Los escolares viajan solos, pero durante el trayecto, los empleados y principalmente el conductor del tren los vigilan con extrema solicitud. En los departamentos van agrupados por regiones, es decir, se colocan juntos todos los que se dirigen á un mismo punto, á fin de evitar los errores de itinerario. Además, cada niño lleva prendida en el pecho una hoja donde consta su respecti-

va ruta. De este modo, si se extravía alguno, conócese enseguida que pertenece á los niños de las vacaciones, como graciosamente se les llama y en todas ocasiones y en cualquier lugar encuentran apoyo y protección.

Por lo demás, la organización de estos viajes es tan perfecta que no hay motivo alguno para temer que acaezca á sobrevienta ningún incidente desagradable.

En todo el trayecto, campesinos y campesinas acuden á la llegada de los trenes desde bastante antes de la hora indicada, aguardando impacientes á los pequeños viajeros.

Delante de la estación carruajes y vehículos de todas clases hállanse alineados esperando el momento de prestar sus servicios. Una vez que se detienen los trenes en las estaciones saltan de ellos los niños, súbense deprisa á los carruajes y..... ¡andando! allá van los calésines rebosantes de alegría trotando hacia los cercanos pueblecillos con sus cortijos perdidos en la llanura, entre el susurrante bosque de hayas y el río de azuladas aguas. . . .

El bello cortijo danés, estucado de color de rosa, impresioná dulcemente el ánimo: siéntese éste impulsado á saborear las delicias de la libertad tranquila de la aldea y siéntese inclinado á la piedad el corazón. Resplandecen los cobres y relucen los muebles por lo limpios. Las flores ostentan en las ventanas sus preciosos colores bajo las cortinas de muselina bordada.

Las tarimas, lavadas todos los días con gran cantidad de agua tienen blancuras de fresco abeto.

Atendido, mimado, el niño encuentra allí con mucha frecuencia los mismos pechos que le dieron su primer alimento. Suminístrasele sana y abundante alimentación, consistente en leche, huevos, carne y tartas á granel, la famosa tarta nacional, el *smorbrod* de jamón, pescado ahumado y queso, sin el cual no concibe la vida ningún verdadero danés. Nada de disciplina ni de coacciones. Libertad amplia para correr como se quiera y por donde se quiera, sin que sea penable ni mucho menos el dejar la trasera del pantalón entre las espinas de los setos ó haer girones

el mandil por coger las rosas de los floridos matorrales que cercan las heredades.

Revuélcense en los prados, entre las vacas que pastan calmosamente: alrededor de sus jetas babosas que triscan la rasa hierba, pardos cuervos y silbadores mirlos husmean la tierra buscando alimento. Hay, además, los días de la siega del heno: los guadañeros, subidos en sus rechinantes máquinas que echan al suelo las más altas hierbas, venise rodeados de infinidad de cigüeñas de negra cola, que los siguen gravemente con sus largas y torpes patas.

Otra de las cosas que más entusiasman á los niños de la ciudad en sus vacaciones campestres, es el río, por cuyo cauce llega el mar hasta el corazón de las tierras: y en su defecto, el tranquilo lago, en cuyas orillas se zambullen sin peligro alguno, hasta el oscurecer, que se ennegrecen sus aguas, cuando el «hada de los pantanos» agita suavemente los vapores de la tarde. . . .

¡Ah! estas semanas de libre vida, ¡cuánto gozo vierten en el alma de los niños y de cuanta salud les provee el aire puro que dilata sus pulmones y endurece sus músculos! Hay que observar también á su regreso del campo, sus rostros mofletudos, ante los que se extasian sus madres. En sus rubios cabellos, llevan los niños el aroma del heno recién segado: en sus frescas mejillas que han absorbido la luz del sol, percíbese aún el olor del abeto y sus trajes guardan por mucho tiempo el perfume sutil de la retama y del helecho.

El retorno de los muchachos á sus ajuares constituye una felicidad inmensa para los corazones que laten amorosamente en la humilde vivienda á la vista del niño querido que trae de la aldea sus brisas y olores.

Pero aún no lo han visto todo las madres. ¡Qué alegría al abrir los baulitos del viaje atestados de apetitosos manjares y de otra porción de cosas, todas de mucha utilidad! Quesos, mantecas, ahumado jamón..... á la legua se conoce que ha puesto en ellos sus manos la amable cortijera..... Los niños llegan casi siempre calzados con buenas medias de

lana, hechas para ese objeto, durante las largas veladas del invierno. Con frecuencia regresan también emperifollados de pies á cabeza, niños y niñas, con faldas, vestidos, pantalones y zapatos nuevos. La previsora cortijera sabe de sobra lo mucho que han de agradecersele sus sacrificios y el importante papel que han de desempeñar sus provisiones cuando lleguen los frios del invierno. No la guía á ello idea alguna de caridad ni sus dádivas tienen carácter de limosna. Ya se comprenderá el sentimiento que la anima cuando describamos al campesino danés.

* * *

Veamos ahora cómo lo pasan los niños de la aldea que van á la ciudad.

Para estos no tienen atractivos el río de azuladas aguas, ni el bosque de abetos, ni las melancólicas cigüeñas apostadas en el caballete del tejado de la humilde casa de labor, ni el «hada de los pantanos» que al caer la tarde esparce las brumas á la claridad de las estrellas.

En cambio, Copenhague, la capital, tiene para ellos extraordinarios atractivos y seducciones.

Llegan á ella por bandadas de ciento ó de doscientos muchachos, acompañados por sus directores, quienes sólo permanecen en la capital el tiempo necesario para dejar acondicionados á sus infantiles regimientos.

Después de lo cual, regresan tranquilos á sus pueblos. En las casas donde quedan hospedados los niños vivirán éstos haciendo la vida íntima de la familia, tan dulce en los países del Norte. Por otra parte, hállanse siempre solícitamente vigilados por el Comité urbano.

Hay diariamente reunión general, y las salidas colectivas efectúanse con guías especialmente designados.

Visítanse una á una todas las curiosidades de la ciudad, los muelles de brillantes colores, tan pintorescos, con el laberinto de la cordelería y de los mástiles de las embarcaciones surtas en los puertos, llenos de graves y macizos barcos llegados de las costas noruegas ó empujados por los vientos

del fondo del Báltico; los muscos en los que se relata admirablemente, gracias á las excavaciones practicadas en los *túmulo*s (1) (todavía muy numerosos en los llanos de la Jutlandia) la historia de los lejanos antepasados: los monumentos, los paseos y el famoso jardín del Tívoli, donde, entre otros pasatiempos, deliran los niños por las inauditas proezas de Arlequín y de Colombina, artistas para ellos de extraordinario mérito.

Faltan todavía el teatro, el circo, las excursiones á los alrededores de Copenhague; á los extensos bosques reales poblados de ciervos y de gamos; á las orillas del Sund, incomparablemente bellas, desde donde se distinguen, entre vapores grises, las costas de Suecia (2) con la roja mancha de Malmoe y no mayores que escarabajos algunos molinos, cuyas aspas baten las bajas nubes.....

El Comité de organización paga todos los gastos que originan estas excursiones, gastos, por cierto, cada vez más reducidos á causa del incesante concurso que prestan muchas personas.

El año pasado, los grandes restauradores de Copenhague dieron á los niños magníficos banquetes, que terminaban con alegres bailes. Este año tendrán otras novedades porque en tierra danesa la iniciativa individual es infatigable.

Terminadas las vacaciones comienza el regreso al campo natal. Véese á más de un niño con el corazón despechado, sintiendo dejar por tanto tiempo los placeres de la ciudad, pero ¡cuántas cosas llevan en su memoria para contarlas en el cortijo! A los padres de los chicos también les tocará algo de las horas deliciosas pasadas por sus hijos en la capital, porque se solazarán oyéndoles relatar, con su charla encantadora, lo mucho bueno que han visto y lo que han gozado.

El niño viene á constituir el lazo que une más estre-

(1) Grandes montones de tierra, en forma de cono, que levantaban los antiguos encima de las sepulturas.

(2) Uno de los tres estados escandinavos unidos á Noruega después de 1815.

chamente las ciudades con los campos. Urbanos y rurales avézanse así á conocerse mejor y á prestarse mútua ayuda.

Y á este esfuerzo común debe el país generaciones sanas, vigorosas é instruídas, conscientes é ingénuas, bases de la futura solidaridad humana de donde ha de surgir la única ley del mundo nuevo.

* * *

Hácese preciso notar que fué una mujer, una de esas mujeres danesas de tan firme espíritu y de iniciativa tan grande, una sencilla institutriz de las escuelas de Copenhague la que concibió y puso en práctica la idea generosa de la obra de las vacaciones. Como curioso detalle diremos que los campesinos fueron los primeros que respondieron, llenos de entusiasmo, á su llamamiento. Desde hace siete años ha podido enviar Copenhague todos los años unos 10.000 niños pobres á cuantos rincones agrestes tiene Dinamarca, en tanto que la capital, influida al fin por la razón que entraña tan hermosa obra y algo también por el natural reconocimiento, se decidió á tomar parte en ella hace dos años, apenas.

No admirará esto, de seguro, á los que conozcan la decisiva influencia que ejerce la masa rural en ese país. Lejos de estar reducido al estado inerte, como sucede en otras partes, á causa de las viejas rutinas, el campesino danés representa en la vida pública el elemento más enérgico y militante.

Él fué el que después de unos treinta años ha afianzado con más calor la idea liberal, cuyo eco ha resonado con frecuencia en nuestro país después de la ardorosa y larga lucha sostenida por la defensa y mantenimiento de las garantías constitucionales. Se dice en Dinamarca: «el partido de los campesinos», como decimos nosotros: «el partido de los obreros».

Con sus cooperativas de producción, tan poderosas que han transformado por completo la fisonomía económica del reino, el campesino danés tiene sus bancos, sus asociacio-

nes políticas, sus grupos de estudios y sus sociedades conferenciantes, sus *Casas de reunión* ó pequeños casinos, sus Escuelas superiores, su gran prensa diaria y en el Parlamento, sus oradores y su representación directa en la que se *encarna* la mayor fuerza política de la nación.

Son avisados en la vida intelectual, gracias, principalmente, á la propaganda hecha por los reformadores *grudtvigiens*, que tuvieron el noble pensamiento de la manumisión de los humildes por la ciencia. No solo no se hallan iletrados, sino que, por el contrario, casi toda la masa rural pasa por las Academias ó *Altas escuelas*, que propiamente constituyen las Universidades de los campesinos.

Cuestiones políticas, sociales, económicas, el *hombre de la tierra* en Dinamarca hállase en nada comunes condiciones de cultura y posee la necesaria aptitud, en su consecuencia, para intervenir directamente en cualquier asunto. Manifiesta incansable actividad y está pronto siempre á poner en práctica todas las innovaciones que puedan serle más útiles. Aplícase á la agricultura intensiva, siguiendo razonablemente los procedimientos más recientes, los más nuevos sistemas. Podeis visitar su cortijo ó sus haciendas y sus lecherías: no echareis de menos el más completo y moderno material científico.

Por eso Bjornstjerne-Bjornson, el poeta escandinavo, ha escrito: «el campesino danés es el más ilustrado del mundo», sin que este homenaje de su pluma parezca á nadie exajerado.

* * *

Lo que precede basta para dar una idea de la relativa facilidad con que se lleva á cabo en Dinamarca la hermosa obra de las vacaciones. Nosotros difícilmente podríamos obtener un resultado parecido. Pero ¿por qué no ha de intentarse algo á este objeto? Tenemos ya nuestros viajes escolares, pero necesitan completa reorganización. Desgraciadamente, la mayor parte de las municipalidades no están en condiciones de imponerse los sacrificios que para ello se precisan.

Pero supongamos que la iniciativa individual presta su apoyo á aquellas entidades; entonces la idea deja de ser quimérica, como es natural. Existe sin embargo una dificultad muy atendible para la adopción del sistema danés en nuestro país, que consiste en la extensión del territorio, pero tal obstáculo desaparecería, seguramente, si se implantára por regiones la nueva obra. París, Lyon, Marsella, Lille, Burdeos, Toulouse, etc., bien pudieran ser los centros á donde se dirigieran los pequeños viajeros de los departamentos vecinos.

Por el contrario, nuestros niños anémicos irían á la orilla de la mar bretona ó del lago latino, al pié de los Alpes ó de los Pirineos: á las playas del Loira ó á las alturas del Plateau central.

Solo quedaría por obtener el concurso de las Compañías ferroviarias y el del Estado, con los que no sería imposible contar y en cuanto á la seguridad de los muchachos nada más fácil que asegurársela á sus padres y conseguir su aquiescencia. En las ciudades vigilarían á los niños los delegados municipales y los de los Comités urbanos, y en los pueblos rurales las municipalidades directamente. Una vez expuesto el proyecto tengo la certeza de que no habían de faltar los pequeños sacrificios que exige la idea. ¡Ah! si las mujeres quisieran...

Se han fundado de poco tiempo á esta parte (lo cual es á todas luces plausible) ligas protectoras de distintas clases: la obra de los jóvenes libertados, la de los escrofulosos etc., y un poco más tarde la de los aprendices.

¿Para cuándo se deja la de las vacaciones? Nunca se hará demasiado por los niños. El ejemplo que nos dan otras naciones bien claro dice que no se trata de un sueño.

¿Quién duda que sería una indiscutible grandeza el ver igualarse en esta obra tan humana la gran Francia con la pequeña Dinamarca?

ANGÈLE DUC-QUERCY.





EL BEBÉ.

I.

ELLA era una niña rubia como las mieses, con el cabello muy rizado, fingiendo caracolillos de oro, y unos ojazos muy puros, muy azules y muy inocentes como dos cielos chiquitos en un rostro de angel.

Y él era un muñeco de hermosura deforme, de pupilas muy negras, de abultados mofletes, de cabellos de endrina, y tan gordo y rozagante, que parecía la expresión de la salud y la felicidad.

Más abultaba el muñeco que la niña, y cuando con esfuerzos de gigante lograba levantarlo del suelo y estrechándolo en sus bracitos nacarados y débiles, lo paseaba por la habitación, cantándole con voz chillona canciones de ritmo caprichoso y desconocido y de letra pintoresca por lo disparatada, se adelantaba en muchos años á la marcha del tiempo, creándose sacrificios é imponiéndose desvelos maternales, superiores á sus fuerzas, en obsequio al bebé, á su hijito gordo y colorado, silencioso y sonriente, feliz y satisfecho, como si comprendiera, agradeciéndolo, todo el cariño que le profesaba aquella mamita tan linda, tan cariñosa y tan inocente.

¡Cuántos insomnios le costó á la pobrecita buscar el nombre conque había de bautizar á su bebé! ¿Juan? De ningún modo! ¿Había de llamarse su hijito como el portero? ¿Jacinto? ¡Pues no faltaba más! ¿Había de ser tocayo del aguador? Tras larga meditación acordó que fuese *Raul* el nombre que había de usar aquel señor de cartón, que hasta aquel entonces hubiera respondido, sino estuviese privado del habla, al despreciativo dictado de muñeco, al familiar de bebé, y al entrañable de hijito.

El día del bautizo de *Raul* durmióse mamita estrechando en apretado abrazo á aquel hijito de su corazón, que de haber tenido vida, se hubiese creído transportado al cielo por lo cerquita que estaba del más hermoso de los ángeles.

II.

La vida del colegio, ¡qué triste, mirada de cerca! ¡qué alegre, contemplada á la distancia de la vejez!

Mamita se moría de tédio: aquella sequedad de las señoras monjas, riñendo por las cosas más nimias: graves y rígidas como si su misión fuese la de infundir pavor: sin que ni la más leve sonrisa iluminase la sombría seriedad de aquellos rostros pálidos y demacrados: siempre recomendando el temor de Dios, siempre recordando el infierno, siempre diciendo entre dientes cosas terroríficas, con ruido acompasado y monótono, como los arroyos murmuradores de que hablan los poetas.

¡Y aquella campana que invariablemente, al asomar el primer rayo de luz su trémulo resplandor, difundía su voz en el viento, con gran escándalo de los oídos de las colegialas y con gran estremecimiento de aquellos perezosos cuerpecitos de rosa y nieve, tan dulcemente acomodados entre las tibias sábanas!

¿Y qué le importaba á mamita por la gramática y la aritmética? ¿No era mucho más entretenido jugar con *Raul*, contarle cosas muy bonitas que ella había aprendido para su hijito y referirle historias muy terribles de gigan-

tes y duendes, trasgos y brujas, gnomos y hadas, que hacían maravillas descubriendo tesoros, transformando á las hijas de los reyes en monstruos horribles y curando cuerpos mutilados con pomadas y untos desconocidos y milagrosos componentes?

Martirio inmenso era para mamita estar durante seis días separada de su *Raul*. Las señoras monjas, extraordinariamente aficionadas á la clausura, metían tras dobles cerrojos al infortunado bebé, que vivía en inalterables tinieblas los días no festivos, echado con indolente abandono en ancho estante de disforme y venerable armario acompañado de unas cuantas almidonadas tocas—tan tiesas como sus dueñas—que esperaban turno para prestar servicio, y de otros enseres de la indumentaria monjil.

¡Ah, pero el día que se abrían las prisiones de *Raul* qué transportes de alegría, qué manifestaciones de satisfacción, qué demostraciones de contento!

Bienvenidas más efectuosas que las dispensadas al señor *Raul*, no las ha recibido muñeco alguno: besos y más besos, con grave detrimento de los colores que sonrosaban el rostro del hijito; abrazos y más abrazos, tan fuertes, que de haberse igualado con la voluntad de la donante, no resiste el acariciado más de un domingo de asueto.

Tras las caricias venían las confidencias: «aquellas »monjas eran muy malas. ¡Miren ustedes que encerrar al »pobre nene! ¡privarle del aire, del sol, y sobre todo de los »agasajos de mamita! Pero ahora se desquita: toma, toma, »toma, (y le daba besos para toda la semana.)

»Pero qué brujas de monjas: ¡y qué insoportables! Es- »pecialmente aquella sor Eulalia que se había metido en »el convento porque su bebé no la quiso: pero á ella, á »mamita, si la quería, hijo: ¿verdad *Raul* que sí? (y le ha- »cía doblar la cabeza en señal de asentimiento.) Estaba »muy disgustada en el Colegio: la reñían, porque no había »aprendido la lección de geografía: la castigaban, por »hacer en las planas unos palotes del tamaño de una em- »palizada: y un día la dejaron sin comer, porque aseguró, »bajo su honrada palabra, que Madrid estaba muy cerca

»de Panticosa. ¿Habrás visto? ¡Privarla de la comida con pretexto tan fútil!

»Y además, ¿qué les importaba á las monjas que Madrid estuviera donde quisiese? ¿Había de cambiar de posición porque ella dijera que estaba aquí ó allá? ¡Mayor crueldad! Y en fin, todo podía tolerarse menos la inaguantable, inaudita y desesperante encerrona de *Raul*. ¡Oh, por aquello no pasaba! O se concedía á *Raul* omnimoda libertad de acción, ó escapaba en su compañía á países donde se hallase más garantida la libertad de los muñecos.»

¡Oh, bienaventurado *Raul*! ¡qué lástima que dentro de tu caerpecito de cartón y cera, no latiese un corazón formado por todas las ternuras del cariño y todos los afectos del agradecimiento para que le oyeses golpear en tu pecho como diciendo á tu mamita:

«¡Qué bueno eres, angelito del cielo!»

III.

Mamita era ya una linda muchacha de diez y seis años, más hechicera que una maga, más agradable que la fortuna, más atractiva que el abismo.

Reuniendo tan bellas cualidades, ¿cuántos adoradores no tendría?

Pero aquí del acierto de las mujeres; dejan en libertad al corazón para que señale el ser predilecto y el corazón se equivoca con lamentable frecuencia. ¡Claro! ¡no vé lo que hace!

El predilecto de la antigua mamita, era un picaroncillo que merecía ser querido por lo apuesto y gentil, locuaz y chispeante, jovial y apasionado.

Pero, ¡ah! el novio solía sufrir tibiezas y desvíos que ponían á mamita de un humor más negro que los ojos de *Raul*.

¿En quién descargar la pesadumbre de sus desdichas? ¿A quién confiar los secretos disgustos que apenaban su corazón? ¿Quién habría capaz de callar las confesiones de

amor desdeñado, de íntimo despecho, de infantil contrariedad, más que el pacienzudo y silencioso *Raul*?

A él se dirigía mamita en sus momentos de ira amorosa.

«Es un infame—le decía—le detesto, le odio. No quiero á nadie más que á tí, *Raul* de mi alma; á *él* no le quiero. »¿Y porqué le he de querer? ¿No es un ingrato conmigo? »Ayer me dijo que vendría á las cinco y ya ha dado el »cuarto, sin que *él* parezca por aquí. Ya, aunque venga, es »inútil: no pienso salir á verle: nada, que no salgo: la fortuna que no vendrá, que si viniera, ¡ valiente chasco se llevabal... Pero creo que pasa por allí... Te dejo, *Raul*: tengo »necesidad de llamarle canalla, infame, perjuro, cruel...»

Y allá iba corriendo al balcón á decirle á su novio lo de cruel y perjuro ó alguna cosa muy opuesta, mientras *Raul*, tendido boca abajo en una butaca, pensaría sin duda, con su cerebro de cartón, que con la edad cambian bastante los afectos; que los muñecos tienen natural sustitución en los hombres, pues todos sírven para que con ellos jueguen: y que los ángeles, que algunas veces caen del cielo al mundo, como se caen los pajaritos del nido, ven acortarse insensiblemente sus alas, hasta quedar convertidos en mujeres, al contrario de lo que pasa con las larvas y las mariposas.

IV.

Los corazones latían con dilataciones de alegría; los ojos de todos los concurrentes á la solemne ceremonia demostraban bien á las claras la satisfacción experimentada por su poseedores; y el caso no era para menos. La angelical mamita, la desaplicada colegiala, la irascible señorita enamorada, lograba realizar sus sueños de amor y de ventura; iba á enlazarse con aquel pícaroncillo, apuesto locuaz, y apasionado, que apesar de las tibiezas y extravíos que mamita le achacaba, había conservado incólume la fé jurada.

¡Buena pareja hacían mamita y el picaroncillo!

Del fondo del cuadro de la nupcial ceremonia, formado por los numerosos convidados, se destacaban los jóvenes contrayentes, ella asaz ruborosa y encendida, cubriendo con la blanca nube de sus párpados el cielo de sus ojos, dejando adivinar tras el emblemático traje de immaculada blancura, encantos de mujer y perfecciones de diosa: tímida ante el mundo marital que le abría sus puertas: más pura que el azahar que le adornaba y más bella que su pureza: como estrella de amor en cielo de dichas: como nota de felicidad en armonioso concierto de alegrías: como fuente de inagotables encantos en oasis de calma y de ventura. Y él, nervioso é inquieto, mirando á su cándida pareja con cafiñoso afán: reconcentrando en sus pupilas toda su pasión, como resúmen del amor infinito, como compendio de perpétua bienadanza, como imágen del ser satisfecho por la completa realización de la esperanza soñada.

Los que menos se enteran de la ceremonia nupcial, son los contrayentes: hasta los acólitos se permiten picarescas sonrisas, viendo la turbación, el azoramiento de los cónyuges: así estaban nuestros héroes: para ellos, el acto de su unión, consistió en unos cuantos *sies* pronunciados con voz trémula, contestando á unas preguntas que el cura hizo: á una misa que les pareció interminable: á muchas felicitaciones dadas en compañía de dislocantes apretones de manos, y á varias lagrimitas oficiales de la abuela de *Raul*. Después, al tren; ¡á pasear por el mundo su felicidad!

V.

Impasible, mudo, grave, tieso, inmóvil, presenció *Raul*, desde lo alto de un armario,—donde la mano de una burda fregona lo había colocado—la árdua tarea de vestir á la novia; al salir ésta para la iglesia, ni un beso, ni una sonrisa, ni una mirada para su antiguo hijito!

¡Oh, bienaventurado *Raul*! Qué bien hizo Dios en no poner en tu cuerpecito de cartón y cera, un corazón for-

mado por todas las ternuras del cariño y todos los afectos del agradecimiento, porque torturado por los estrujones de la tristeza y los atenazamientos del dolor, lo hubieras sentido golpear fuertemente en tu pecho, con aceleramientos de angustia, para decirte:

«¡Qué buenos son los ángeles!... ¡pero qué ingratas son las mujeres!»

JAVIER AGUIRRE DE VIAR.





Un viejo cuento español.

LA MENTIRA Y LA VERDAD (1)

EN tiempos pasados, la Mentira y la Verdad resolvieron vivir juntas, como un par de camaradas.

La Verdad era una buena persona, sencilla, tímida, confiada. La Mentira, era elegante, osada y habladora.

La una mandaba: la otra, obedecía siempre: vivían, por lo tanto, completamente felices.

Un día díjole la Mentira á la Verdad que sería conveniente plantar un arbol que les diera flores en la primavera, sombra en el verano y frutos en el otoño. La Verdad halló la idea muy de su gusto y el arbol fué plantado enseguida.

Cuando comenzó á crecer, la Mentira dijo á la Verdad:—Hermana mía, escojamos cada una de nosotras una parte del arbol: una comunidad muy estrecha, es causa de discordia: las cuentas bien ajustadas, hacen buenos amigos. Observa, por ejemplo, las raíces del arbol: son las que le sostienen y le nutren: están á cubierto de los temporales y de todos los rigores del tiempo; ¿no las escojes? Yo, en cambio, me contentaré, para que no digas que soy egoista,

(1) Del notable álbum artístico y literario que con el título de *Paris-Murcia*, publicó en 1879 el Comité de la Prensa francesa, con motivo de las inundaciones de Murcia, traducimos el siguiente precioso artículo que no recordamos haber leído hasta la fecha, en lengua española.

con las ramas, que están al aire libre, á merced de los pájaros, de los animales, de los hombres, del viento, del calor, y del hielo. Algo hay que hacer por los que se quiere.

La Verdad, confusa por tamañas pruebas de desinterés y de amor, dió las gracias á su compañera y se hundió en la tierra.

Mucho se alegró y se felicitó de ello la Mentira, pues de este modo conseguía quedarse sola entre los hombres y reinar á su gusto en el mundo.

El árbol retoña con gran brío: sus grandes ramas prestan mucha sombra y frescura, y bien pronto se llenó de flores más lozanas que las rosas.

Las gentes acudían de todas partes á admirar esta maravilla. La Mentira, colocóse en una de sus ramas más altas, y desde allí, llamaba á las personas, á quienes fascinaba rápidamente con sus melosas palabras.

Decíales que la sociedad no es más que una gran mentira: que los hombres mentirían si dijesen la verdad.

Para obtener buen éxito en todas las cosas de este bajo mundo—seguía diciendo la Mentira,—hay que seguir uno de estos tres procedimientos: el de la *mentira sencilla*, que es cuando el vasallo dice á su señor:—Yo os respeto y os amo.—El de la *mentira doble*, cuando exclama:—¡Que me maté un rayo si no soy vuestro servidor!—y el de la *mentira triple*, cuando repite una y otra vez:—Para mi señor, mis bienes, mis brazos, mi vida,—y abandona á su amo en el momento del peligro.

Con tan excelente éxito daba el buen apóstol sus lecciones y con tan bellos ejemplos sazónaba sus pláticas, que entusiasmaba á sus oyentes. Señalábanse con el dedo á los que no le aplaudían y empezaban á dudar unos de otros.

A cien leguas á la redonda, no se hablaba más que de la Mentira y de su sabiduría: era menester hacerla reina.

En cuanto á la Verdad, encerrada en su guarida, nadie se acordaba de ella: ya podía morir, olvidada de todos.

En esta soledad en que había quedado abandonada, limitábase á vivir de lo que encontraba debajo de la tierra. Y en tanto que la Mentira predicaba entre el verdor y las flores de los campos, la pobre enterrada roía las amargas raíces del árbol que había plantado.

Tanto las roió, que un día en que la Mentira predicaba más elocuentemente que nunca ante un público inmenso, levantóse un poco de viento que, sin ser récio, bastó para dar en tierra con aquel árbol, sin raíces ya. Al caer, cubrieron sus ramas la mucha extensión de terreno que antes

preservára del sol. La Mentira fué alcanzada por una de aquellas y resultó herida en un ojo, y con una pierna rota: quedó, pues, bizca y coja: no fué grande su desgracia.

La Verdad, restituída de súbito á la luz, salió casi desnuda, con la cabeza despeinada, la figura severa, y reprochó con dura voz á los presentes por su credulidad y su flaqueza de ánimo. Al oirla, gritó la Mentira:—«Ved la autora de todos nuestros males, la que nos ha perdido... ¡matémosla! ¡matémosla!»

Y el pueblo, provisto de piedras y garrotes persiguió á la infeliz, y muerta ó viva la metió en el hoyo de donde había salido poco antes.

Y colocaron encima una gran piedra para que la Verdad no volviera á salir de su tumba.

Algunos amigos debieron haberle quedado, sin embargo, pues por la noche, una mano desconocida grabó en la piedra el siguiente epitafio:

«Aquí yace la verdad,
á quien el mundo cruel
mató, sin enfermedad,
porque no reinase en él
sino Mentira y Maldad.»

La mentira no sufre la contradicción: es su menor defecto. Busca incesantemente al amigo de la Verdad, y en cuanto lo halla, lo ahorca con la mayor frescura. Los muertos no se querellan.

Para estar más segura de su victoria, la Mentira levantó su palacio sobre el sepulcro de la Verdad.

Pero se asegura que ésta sale alguna vez de su tumba.

Ese día desplómase el palacio como si fuera un castillo de naipes y aplasta á los inocentes y á los pícaros que le habitan. Hay algo más perentorio que llorar á los muertos: levantarlos.

El pueblo, eternamente incáuto, reconstruye, cada vez que esto sucede, un palacio más hermoso que el anterior, y de este modo, la Mentira, bizca y coja, reina siempre.

ED. LABOULAYE.



ADVERTENCIA.

Por causas surgidas á última hora, independientes, en un todo, de nuestra voluntad, nos hemos visto obligados á retirar varios trabajos y secciones que se destinaban al primer número de nuestra REVISTA, razón por la cual, aparece ésta con 24 páginas de texto en vez de las 32 de que ha de constar en lo sucesivo.

Suplicamos al público que nos dispense esta falta, hija, principalmente, de las dificultades con que necesariamente tropiezan todas las publicaciones de este género.

Como nuestros lectores habrán observado yá, en la composición tipográfica de esta REVISTA se estrenan tipos nuevos, finos y de elegante corte.

Hacemos pública nuestra satisfacción por lo bien que ha interpretado nuestros deseos el propietario de los talleres de la Tipografía donde se imprime.



Victor Saenz



SUCURSAL EN GIJÓN

Á CARGO DE

TRISTÁN GAYOL

36—CORRIDA—36

En este acreditadísimo almacén de música hallanse á la venta toda clase de instrumentos de cuerda y de viento, partituras de los más eminentes maestros compositores, novedades musicales, pianos de las mejores fábricas, y cuanto se relaciona con el divino arte.

Se piden á correo seguido todas las obras que se deséen, por raras que sean. Se alquilan y afinan pianos.

Dentro de breves días llegará la partitura de la fantasía sobre motivos de la ópera «**Sigurd**», de Reyer, obra del Certamen de bandas celebrado en Gijón en la segunda quincena de Agosto.

Asturias Contemporánea

REVISTA REGIONAL

Artículos literarios, científicos y de arte.—Novedades industriales.—Trabajos de interés para el comercio.—Crónicas de los principales acontecimientos de la región.—Biografías de Asturianos ilustres.—Crítica literaria.—Cuentos inéditos.—Traducciones de los más recientes é importantes trabajos del Extranjero.—Artículos de costumbres, etc.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

<i>En la provincia</i>		<i>Fuera de la provincia</i>
Un mes.	0,50 ptas.	Trimestre. 2 ptas.
Trimestre	1,50 »	Año. 7 »
Año.	5,50 »	<i>Extranjero</i>
		Año. 10 »

NÚMERO SUELTO, **0,25** ptas

Esta revista se publica los días 1.º y 15 de cada mes.

Oficinas: Libertad, 44, Gijón

Anuncios, á precios convencionales. Pagos adelantados.

ESTABLECIMIENTOS DE ULTRAMARINOS

DE

Senén Junquera y H.º

Plazuela de San Miguel, 2, y Corrida, 60

GIJÓN

No hay una persona de buen gusto en Gijón que deje de visitar nuestros establecimientos de coloniales. ¿Que cuál es el secreto? Pues es muy sencillo. Nosotros tenemos de todo, es decir, de todo cuanto puede apetecer el más intransigente *gourmand*.

Tenemos salchichones riquísimos de todas clases; conservas de las fábricas más acreditadas; vinos y licores de las marcas más famosas; en fin, cuantos artículos del ramo de ultramarinos puedan desearse.

No lo olviden ustedes. En la Plazuela de San Miguel 2, y en la calle Corrida, 60, nos tienen siempre á su disposición.